UN RATITO EN MI MENTE

No sé exactamente cuándo empezó todo esto.
La tristeza no llegó de golpe. Fue más bien como una llovizna fina, persistente, que empapó cada rincón de mi vida hasta que un día me di cuenta de que estaba completamente mojada.

Al principio pensé que solo era una etapa, que tenía muchas dudas o simplemente era cansancio acumulado. Creí que era normal sentirse agotada después de una mala semana o de un mes complicado. Pero las semanas se convirtieron en meses, los meses en años y esas sensaciones seguían ahí.

Un vacío persistente, una neblina en la mente, unas horas de cuestionamientos constantes sobre qué era lo que estaba mal en mí y en mi vida.

Un día desperté y no sentí nada. Miré al techo durante horas y me pregunté cuánto tiempo podría seguir así, antes de que todo mi ser, decidiese rendirse. No era tristeza, no como la gente la suele imaginar, era más bien una ausencia de todo. Un vacío que no dolía, pero que me consumía.

Aun así, aprendí a sobrellevarlo, me convertí en una experta a la hora de evitar hablar sobre cómo me sentía, empecé a ser capaz de aparentar que todo estaba bien, no era porque quisiese mentir, simplemente era más sencillo no preocupar a nadie y no tener que comentar la extraña situación en la que me encontraba.

No quería ser repetitiva a la hora de expresar por qué me parecía tan raro vivir, lo desencajada que me veía en este mundo, en este sistema que no considera a las personas que no siguen un patrón determinado donde, por tener unos gustos o unas preferencias determinadas fuera de lo habitual, te convierte en un marginado social.

La vida no es extraña solo porque otros nos imponen límites, sino también porque, a menudo, somos extraños para nosotros mismos. Caminamos por el mundo con un nombre, un cuerpo y una historia, pero ¿qué somos capaces de comprender realmente? Hay un abismo entre lo que creemos y decimos ser, y lo que en verdad somos.

Por ejemplo, los sueños nos muestran fragmentos de una realidad que parece ajena. A veces nos revelan miedos profundos o deseos ocultos, otras veces nos sitúan en escenarios imposibles que nos dejan una sensación de extrañeza al despertar. ¿De dónde surgen esas imágenes? ¿Acaso hay partes de nosotros que no controlamos?

Por otro lado, la mente no siempre se comporta de manera predecible. Hay momentos en los que la tristeza nos invade sin razón aparente, el miedo se apodera de nuestras decisiones, o los recuerdos desaparecen sin que podamos evitarlo.

A veces, no es el mundo quien nos limita, sino nuestra propia naturaleza, la incertidumbre de no entendernos completamente.

Es fácil pensar que las normas sociales nos ponen impedimentos, pero hay otras condiciones más sutiles, las que construimos sin darnos cuenta, las que surge del desconocimiento de quiénes somos realmente.

Es raro no tener vocación, no tener propósitos ni aficiones, no tener un plan de futuro ni metas, siendo una persona joven, que debería comerse el mundo, no soy ni una vaga ni una egoísta, simplemente no puedo vivir como todos los demás lo hacen.

Y sí, sufro, y mucho, porque no entiendo la vida, porque sé que nunca voy a ser capaz de no cuestionar esta existencia tan incongruente que nos han vendido, porque yo no puedo conformarme con un «esto es lo que hay».

En las pocas situaciones en las que llegué a explicar mis sentimientos, casi siempre recibía de vuelta consejos y comentarios absurdos. No absurdos porque los despreciase o no los considerase válidos, sino porque las personas que nos encontramos en esta situación ya somos conscientes de que se puede salir y se puede solucionar, lo realmente difícil es convivir con la sensación mental que supera todas esas realidades de las que somos conscientes, y no nos permite salir de ese agujero negro en el que nos encontramos.

Había noches en las que pensaba en rendirme, en que quizás sería más fácil simplemente dejar de intentarlo. Pero algo me mantenía aquí. Tal vez el miedo o la vaga esperanza de que algún día o por alguna razón esto pudiese cambiar.

O quizás porque ese es el misterio de la vida, la adicción, saber que solo es una y no tendremos otra oportunidad para aprovecharla o el hecho no saber cuándo podría terminar. ¿Eso es lo que mantiene a uno con ganas de vivir?

Ojalá yo pudiese sentirlo así.

Así que simplemente decidí empezar a fijarme en los mínimos detalles, más simples, aparentemente menos relevantes, pero siempre podrían crear una pequeña sensación con un poco de sentido de ser. Me obligué a encontrar una razón, un motivo, por insignificante que fuera, para quedarme y luchar un día más. Total, con todos los que ya había superado, lo convertí en una realidad.

Esperaré hasta encontrar el motivo real por el que ya no me parezca tan raro vivir.

HEMERA SOMBRÍA